



Madrid 30 de Abril de 1893

AÑO I

Número 30 (4.º ilustrado)

OCHO DÍAS

A CONTECIMIENTOS dignos de especial mención no faltan, pero desgraciadamente no podemos comunicar á nuestros lectores el que más de cerca les interesa.

Que los... infantes navegan por esos mares á costa del país, recibiendo en sus puntos de arribada ovaciones oficiales; que el Gobierno, celoso del sufragio universal, no quiere que éste se la pegue segunda vez; que los representantes del pueblo (los de verdad) están resueltos á que D. Práxedes no atropelle al objeto de sus celos sin más ni más, y que con motivo de la *Fiesta del Trabajo*, los holgazanes, ó si se quiere, los zánganos del presupuesto, están muertecitos de miedo. He aquí en pocas palabras los rasgos más salientes de la semana que acaba de terminar.

Pero no; el que verdaderamente caracteriza á la semana es otro.

La triste noticia de haberse encendido en Cuba la guerra civil.

Los telegramas recibidos no dejan lugar á duda, y las declaraciones del Gobierno confirmándolos, son verdaderamente graves.

Al tratar de este asunto debemos hacer una declaración tan espontánea como sincera.

Al lado del Gobierno constituido estaremos para salvar la integridad de la Patria, si los sucesos tomaran el carácter que algunos temen, porque en cuestiones de esta naturaleza, deben desaparecer las distancias que nos separan, y nosotros las borraremos, aunque no sin reconocer que corresponde á los Gobiernos monárquicos la responsabilidad de los sucesos que en la hermosa Antilla han empezado á desarrollarse.

¿Cómo no hemos de exigirle esa responsabilidad, si al escribir este artículo está provocando, con alardes de fuerza innecesarios, á las clases obreras?

La resistencia que los Gobiernos de la monarquía oponen á las aspiraciones de las clases obreras, en su mayor parte justas, pone el miedo en el corazón de esos desdichados Gobiernos.

La resistencia obstinada á todo trance suele traer aparejada grandes conflictos, y estos son los que temen los mismos provocadores.

La República nada tendrá que temer de las clases obreras, porque la República hará justicia á todos.

De ello están convencidos, como lo demuestra el hecho de haber triunfado las candidaturas republicanas, no solo en Madrid, sino en todas las poblaciones donde aquellos elementos predominan.

¡Quién lo duda! El grito de viva la República lo dominaría todo en las reuniones del 1.º de Mayo, si no fuera un grito prohibido.

EL NIDO NUEVO

(RECUERDOS DE LA PRIMERA GUERRA CIVIL)

I

Tan aburridos nos tenían los cinco días mortales que llevábamos encerrados en el reducto que desde una altura protegía el escabroso camino de Uriantegui, que no deseábamos otra cosa sino que las tropas del Pretendiente nos atacaran.

Después de todo, así sabríamos á qué atenernos; pues la verdad es que tan en olvido parecían habernos echado, que de prolongarse aquella inacción, podría suceder que hasta de vituallas careciéramos de allí á no mucho tiempo.

El día se pasó como todos. Ni alma viviente columbraron los centinelas en toda la extensión del horizonte, y desde el comandante del comprometido puesto, que lo era el capitán de mi compañía, hasta el último de los oficiales, que creo era un humilde servidor de ustedes, no dejamos un punto de desahogar nuestro mal humor, lanzando tales ternos y tamaños vótos, que no parecía sino que todos los diablos del infierno habían hecho cuartel general en nuestras bocas.

En cuanto á los soldados, no sé si por estarles vedadas ciertas expansiones, ó quizá porque en ellos se mostraba más al desnudo el carácter español, pasaban, cuantos ratos les dejaba libres el servicio, rasgueando una mala vihuela y entonando coplas, por cierto no mucho más edificantes que nuestros juramentos.

Después de puesto el sol ya fué otra cosa. La noche había cerrado, precedida de una niebla tan espesa, que ya desde las primeras horas de la tarde no se distinguían los dedos de la mano, y apenas acabamos de trasegar el rancho que todos por igual comíamos, cuando una granizada de balas nos hizo retirar los centinelas avanzados y nos paso á todos sobre las armas.

Qué fuerzas nos atacaban, ni lo sabíamos, ni era posible distinguirlo. Lo probable es que fueran muy superiores á las escasísimas nuestras. Pero como, entre otras razones, existía la muy poderosa de que no nos era dado escoger, optamos por defendernos.

El empeño duró algunas horas. Tirábamos sin saber á dónde, guiados únicamente por los fogonazos, y aunque la intensidad de los disparos hacía suponer que no eran tantas como sospechábamos las fuerzas que nos atacaban, no las teníamos todas con nosotros, cuando la dispersión comenzó á iniciarse en el enemigo.

Poco después, el fuego había terminado por completo. El mismo silencio reinaba en la llanura que servía de base al reducto, y como hubiera sido temeridad manifiesta aventurarse á hacer un reconocimiento hasta la venida del día, volvimos á la pasada y forzosa inacción.

II

Todas las noches dormíamos poco, pero como aquella no había de dormirse nada, y la cura de los heridos, que eran escasos y leves, no invirtió más que breve espacio del larguísimo que para la salida del sol faltaba, reunidos en torno de un buen fuego, pasamos el tiempo los oficiales contando proezas más ó menos auténticas y narrando hechos de armas no siempre verosímiles.

Mis escasos años, y el poco tiempo que de vida militar llevaba, no me permitían aventurarme en el campo de la novela heroica, y como de lo que más imbuído estaba era de los recuerdos de mi infancia, me limitaré á contar el siguiente episodio de mis primeros años, que, á falta de interés, tenía toda la ingenuidad de los hechos reales.

III

Posee mi padre—comencé—en una de las llanuras tapizadas de romero y de tomillo de la región conocida por la Alcarria, una casa de campo heredada de sus abuelos que, si ruinosa y destartada como era no ofrecía grandes comodidades, nos proporcionaba al menos el placer de vivir seis ó siete meses al año en íntimo contacto con la naturaleza.

Desde que allá, por los fines de Febrero, iban haciéndose intensos los frios, estableciábase allí toda nuestra familia, y era uno de nuestros primeros goces esperar la vuelta de una golondrina que, desde tiempo inmemorial, venía todos los años desde las costas de Africa á ocupar el nido que se dejó colgado en el alero que formaba el tejadillo.

De tal manera nos habíamos acostumbrado á la visita de la alada peregrina, que si día de júbilo era en nuestro hogar el de su regreso, lágrimas acudían á todos los ojos cuando sus trinos nos anunciaban que había llegado el momento de partir de nuevo.

Un año hubieron de coincidir de tal modo los desperfectos que se notaban en la ruinosa heredad, con cierta mejoría operada inesperadamente en los no muy cuantiosos bienes de mi padre, que éste se decidió á restaurar la casa de campo.

Lo primero que se tuvo en cuenta fué que las obras se hicieran en el invierno, para que tuviéramos habil la morada en tiempo oportuno. Lo segundo fué colocar en el saliente del tejado un nido para nuestra huésped, que excediera en lujo y comodidad á cuanto la golondrina de más exaltada imaginación hubiera podido desear.

¡Con cuánta impaciencia esperamos aquella primavera la vuelta de la tierna avecilla! ¡Cómo nos recreábamos anticipadamente con la sorpresa que iba á sentir al ver trocada en palacio su misera cabaña!

Pero, ¡oh inexplicable decepción! La golondrina volvió, poblando el espacio con su alegre cháchara; sus alas azuladas repican como siempre en nuestros cristales; pero al buscar su nido, al ver aquellas nuevas y más cómodas pajas, huyó asustada, y todo el día estuvo pidiendo tristemente alrededor del tejado, sin querer tomar posesión de la casa que la habíamos preparado con tanto esmero.

En vano fué que la llamáramos, echando migas de pan en el alfeizar de la ventana. La noche, como de principios de primavera, cayó húmeda y fría.

Más tarde el granizo azotó las vidrieras, y un verdadero torrente de agua helada se desprendió de las nubes que habían ido apiñándose con pasmosa rapidez.

El sol, como si nada hubiera pasado, salió á la mañana siguiente radiante como nunca; pero apareció para mostrar á nuestros ojos un espectáculo bien triste.

La golondrina había preferido arrostrar las inclemencias del cielo antes que guarecerse en su nuevo nido, y helada por el cierzo, acribillada por el granizo, yacía muerta debajo del sitio en que debía haber gozado de los regalos de la vida.

IV

Cuando acabé mi relato, el día había aparecido ya, y aunque triste y nebuloso, daba la bastante claridad para practicar el aplazado reconocimiento.

Toda la oficialidad, escoltada por algunos números, salimos del reducto.

Ni en el valle que se extendía al pié de éste, ni en los vericuetos vecinos se veía pasar algún enemigo.

Sólo tendidos en el suelo, y agarrotados ya por la escarcha de la noche, se veían los cadáveres de cinco robustos mozos, cuyas cabezas estaban aún cubiertas por las características boinas blancas de los partidarios del Pretendiente.

Nuestro capitán los miró con lástima, y murmuró con voz conmovida:

—¡Otras tantas madres que estarán llorando á estas horas!

Y volviéndose á mi con hoscó ceño, añadió:

—Alférez, ahí teneis la golondrina de vuestro cuento. Les hemos mejorado el nido, y antes que meterse en él, prefieren caer bajo el plomo de nuestros fusiles.

ANGEL R. CHAVES.

FRAGMENTO

Poetas, en presencia
de uno de esos brutales atentados
con que, de tiempo en tiempo,
mancha la historia el despotismo humano:

ya Grecia, frente al turco
su intrépido suicidio consumando;
ya Irlanda violada,
ya Polonia infeliz, hecha pedazos;

cada vez que en Europa
se esgrime el arma de Caín, ó aciago,
suena el beso de Judas,
que el odio compra con el vil denario;

siempre que la codicia
rasga un giron del territorio extraño,
con la ley del bandido
que asalta al caminante en un atajo;

al ver cómo la audacia
de un insolente usurpador, los pactos
desgarra con su espuela,
y agujeréa el mapa á cañonazos,

poetas, vengadores
de la conciencia universal; ¡caso
podreis guardar silencio,
la honrada voz de la protesta ahogando?

La Musa es en momentos
Némesis implacable, y con el brazo
con que alza el mirto de oro,
blande también el látigo de rayos

Ella, severo numen
inspirador de irrevocables fallos,
contra el crimen pidiendo
su furia á Dante, á Juvenal sus raptos,

con cuerdas de la lira
puede á una argolla de ignominia atarlo,
marcarle para siempre
con el tizón del iracundo yambo,

y, en la espalda desnuda
los negros verdugones del sarcasmo,
de un verso en la picota
exponerlo á los siglos indignados

EMILIO FERRARI

LA LOCA

¡Qué vida tan triste es la nuestra!
¡qué rudo y aciago es luchar!
(Cantar asturiano),

Al morir la luz solar, temblando en su agonía, fulgura el disco metálicos reflejos que semejan el incendio de un planeta. Las nubes se tiñen de irisaciones opalinas, la luz se cristaliza en los vidrios de las casas, en el riachuelo que el mar absorbe y en la extensión inmensa de las aguas cantábricas. Las blanqueadas fachadas del pueblo lucen su puro color; brilla con toda su esplendidez el paisaje despidiéndose del día, y poco a poco se deshace la última hebra de luz, difundiendo ténueamente su resplandor, vencido por el imperio de la sombra que abre sus brazos abarcándolo todo con su capa gris, y robando al cielo su último polvo de oro.

Grande es la animación en la Ribera. El contento rebosa en los arrugados rostros de los mechelines y en las coloradas facciones de cien mujeres que preparan los capachos con helechos, donde a poco, simétricamente colocadas, brillarán las sardinas. Aquélla de pañuelo rojo, de sayas recogidas y al aire las blancas piernas, lava una y cien veces el lleno capacho. Aquélla vende, ésta compra; una destripa, ésas regañan, aquéllas cantan monótona canción del país, hasta que con el último bonito y la última sardina abandonen todas la Ribera.

Cuando ya iban a retirarse las mujeres que ayudaron a descargar la última bonitera, una frase terrible corre de boca en boca. Las pescadoras gesticulan, hablan a gritos dilatados.

—¡Por Dios, no decirselo a Ginesa!—dice una.—Que no lo sepa la pobre. ¡Virgen de Covadonga, hasta dónde llega Dios cuando da desgracias!

—Hace un mes, Juanón y el hijo mayor, y ahora... ¡qué horror!

—Tan guapón y trabajador. Nunca cogió una moña, ni se le vió en el llagar, ni conocíanle malas mujeres. Ya se sabía; lo más, al baile de la Escuela y a Santarúa los domingos a bailar un chirinduelo. Dios está ciego muchas veces.

—Verdad es, Teresona; más de veinte pillos hay que no traballan y merecían la forca, y a este fillo del cielo se lo roban a su madre, quien por él comía.

Esto y más seguían plañendo las mujeres, y ya se iba el diálogo camino de desgracias y penas personales, cuando una de ellas dijo:

—Cuéntanos, Pedro, cómo fué.

—Volví la *Santa María* de la pesca, que fué buena, según de paso nos dijeron, y tocábamos a cuatro millas de la Vaca de Luanco, cuando un nordestazo nos echó a todos de costado. Cogimos rizos y también los remos, y proa al viento, hicimos cara al huracán, sin más que perder el timón, la *Juana*, y con algunos cubos de agua en las bodegas. Pero se conoce que la *Santa María* no pudo ponerse a la capa; aguantó un golpe de mar, dos, tres, pero de pronto el viento hincó en la vela, y la bonitera volcó. Iban nueve hombres en ella; pudimos con riesgo rescatar ocho. Faltaba Rafael, que se aturdió, y...

Un grito espantoso interrumpió a Pedro. Una vieja enlutada, atenta a la relación del suceso, al escuchar el nombre de Rafael sintió vacilar su cuerpo y obscurecerse su vista; ensayó una palabra, y de su garganta salió tan sólo un grito agudo e inarticulado. La madre de Rafael cayó inerte en brazos de las pescadoras.

La Felicidad se entró un día de rondón en casa de Ginesa derramando venturas, dones y alegrías.

Nada faltaba en el humilde casucho de la calle de la Rosa. Un esposo trabajador, buen mozo, alegre en la broma, serio en la faena y amante de su mujer. Un arcón con buenas ropas y hasta una media docena de relumbrantes peluconas bien escondidas. Tres ferradas lucían sus bien bruñidos aros y como soles chispeaban los *cuaxilores* de cobre. Buena cocina, pan seguro, marido cariñoso, ¡qué más pidiera Ginesa, la más hermosa rapaza de Candás?

Pasó, que lo bueno pasa pronto, el jolgorio de aquellos tres días. Se acabó la sidra, se cansaron las gargantas de cantar giraldillas y las piernas de bailar danzas, los mozos de requebrar y las mozas de fingir indiferencia.

Continuó la monótona vida; hirvió cotidianamente el puchero; pasó el tiempo de bonito, llegó el de merluza, siguió el besugo, y vuelta a empezar; unas veces mucho, otras poco; y así se pasaron los años, cual olas que se embeben, y tantos pasaron, cuantos fueran precisos para que solo los viejos recordaran la hermosura de Ginesa.

Dos mocetones fuertes como calabrotes, y gallardos como balandras nuevas, alegraban el casuco. Pronto ibase a celebrar la boda del mayor de ellos, cuando un día, que nunca debió contarse entre los del año, una fuerte cerrazón obligó a una trainera a estrellarse en las peñas de Torres.

Ginesa vistió doble luto, y reconcentró su amor en el único pedazo de su corazón que sobrevivía: en Rafael. ¡Pobre muchacho! Cuanto hiciera por consolar a su madre fué inútil. Aquella mujer, en quien se veían rastros de poderosa hermosura, decaía por momentos; el golpe había sido superior a sus fuerzas. ¡Un esposo y un hijo a la vez! Sus ojos, antes alegres y vivarachos, tornáronse melancólicos, opacos, a no ser en momentos en que brillaban con extraño y fatídico fulgor, que hacía estremecer a las muchachas y huir a los rapaces.

De pronto volcó la *Santa María*. Ginesa, que esperaba en el muelle, observó que todos la miraban con tristeza: un vago presentimiento la condujo cautelosamente hasta un grupo, y oyó aquellas palabras: «Faltaba Rafael, que se aturdió, y...»

Vino el médico, la reconoció, y minutos después, Ginesa paseaba una mirada en torno suyo, murmurando:

—«Rafael... La galerna... Los tres... Sola...»

Una sonrisa entreabrió sus labios, dejando ver sus dientes apretados convulsivamente; abrió los ojos con espanto y corrió al pretil del muelle. La detuvieron, forcejeó; tras breves minutos de lucha, huyó por la calle del pueblo, gritando: «Que hay baile en Santarúa!»

Ginesa vivía en su cuerpo; pero el alma, la inteligencia, murió con Rafael: estaba loca.

Llovía como llueve en esa bendita tierra asturiana. Cuando con más fuerza caía el agua y redoblaba el fragor de la tormenta y el centellear de las culebrinas, apareció por el camino de la fuente una mujer apoyándose en una cayada y guareciéndose de la lluvia con la negra saya echada por sobre la cabeza.

Encorbadá, temblorosa, marcando sus pasos en incierto y desigual zig-zag, andando lentamente, sin hacer caso mayor de la tormenta, hacía pensar en los cuentos de brujas. La cárdena luz de los relámpagos iluminaba aquel curtido rostro, de ojos grandes, errabundos por el círculo de sus órbitas, cual si buscaran algo perdido. La vieja cantaba una balada popular melancólica por ser asturiana, poética y hermosa por ser popular...

«¡Qué vida tan triste es la nuestra!
¡Qué rudo y aciago es luchar!
Al pobre marino sin suerte
tenedle cariño, tenedle piedad.»

Torció su camino y empezó a subir la agria pendiente del monte, y cuando la iracunda nube arrojaba con más furia su agua y sus rayos, seguía la vieja tranquilamente por el pinar de la Forca, cantando, y sin dársele un ardite de la tormenta ni de lo respaldizo de la senda. Un instante detuvo su marcha; miró al cielo, quizás con expresión de rencor ó de venganza, y una lágrima, la primera desde hacía muchos años, tembló y resbaló por los surcos de las mejillas. Falta de fuerza física—quizás al recobrar las intelectuales—se dejó caer sobre los helechos. Todo lo recordó: la muerte de sus hijos, el pan de la limosna, las pedradas de los rapaces y las burlas de las mozas. La pobre vieja rompió a llorar, balbuceando: ¡Rafael! ¡Rafael!

Un relámpago, no tan intenso como el dolor de Ginesa, hizo estremecerse. Un temblor convulsivo sacudió su débil cuerpo, y perdiendo su lucidez, la loca, con riesgo de despeñarse, corrió pinar abajo, entró y cruzó por entre el pueblo, salió al muelle, y en la punta de la atalaya pudo vérsela abrir los brazos, y señalar con el dedo al horizonte, gritando:

—Allí, allí están los tres. Ya voy.

Si algún pescador hubiera estado en el muelle, hubiera oído una horrible carcajada y el ruido de un cuerpo que caía en el mar.

Hoy los rapaces, cuando a la caída de la tarde esperan el regreso de las lanchas, indican un punto del muelle de Candás, señalado con una crucecita; sitio por donde una loca se tiró al mar para buscar al hijo de sus entrañas que la llamaba desde su tumba de algas y madreporas.

ANTONIO MORA





UNA BODA EN BRETAÑA

UNA BODA EN BRETAÑA

Reproducimos hoy, por medio de grabado, una de las escenas de Bretaña, región francesa donde se conservan más que en otra alguna las costumbres primitivas.

Los casamientos en Bretaña no constituyen fiestas íntimas, sino al contrario, fiestas en que toma parte el pueblo entero, sobre todo cuando la estación permite las expansiones al aire libre.

La antigua Bretaña forma hoy parte de los departamentos de Ile y Vilaine y de Costas del Norte.

En tiempo de los romanos perteneció a la tercera Leonesa y a mitad del siglo V los bretones, después de haber recorrido las Galias, establecieron en los territorios de los *Curcosolites* y de los *Osimu*, pueblos armóricos. Después de varias vicisitudes fueron sometidos a los franceses, y la guerra que con este motivo sostuvieron terminó con el casamiento de Constanca, hija única de Connán con Geofredo Plantagenet, hijo de Enrique II.

Francisco II fué el último duque de Bretaña.

Los bretones hablan un dialecto particular, aunque en muchas comarcas está más extendido el idioma patrio.

Amor de madre

(Pensamiento de J. M. Bartrina)

Llevado un gentil mancebo
del amor hasta el delirio,
con acento febril, loco,
un día a su amada dijo:
—«Pídemelo cuanto te agrade

y lo tendrás ahora mismo...»

ni las joyas de mi madre
negar puedo a tu capricho.»

Al escucharle la hermosa
repuso con tono altivo:

—¡Sus joyas! ¿Para qué joyas?
Su corazón sólo pido.»

Corrió el mancebo a la estancia
do en sueño dulce y tranquilo
la infeliz madre soñaba
con el amor de su hijo.

Llega, en el pecho la hierre
con golpe certero, impío,
y el corazón la desprende
palpitando estremecido.

Torna con él en la mano
corriendo veloz, sin tino,
que anhela presto ofrecerle
en el altar de su ídolo,
y apenas a los umbrales
llega del amante asilo,
resbala, vacila y... cae
como árbol del rayo herido...»

Y del corazón materno
brotó una voz de cariño,
tierna, amorosa, diciendo:
—¿Te has hecho daño, hijo mío?

P. VILCHES.



LA ESCALA DEL AMOR

UN PARLAMENTO IDEAL

Se va llenando el salón
poquito á poco, de gente,
y á las tres el Presidente
da comienzo á la sesión.

Cada señor diputado,
á más de su inmunidad,
tiene, por necesidad,
un guardia civil al lado.

Acaban de colocar
detrás de la Presidencia
cuatro cañones Plasencia
de un calibre regular.

Agentes de policía
hay por doquier, con exceso,
y alrededor del Congreso
fuerza de caballería.

Empiezan las discusiones
sobre el acta de Vellado,
y saca el interesado
un rifle de dos cañones.

Se levanta del asiento
enseguida su rival
que empuña un descomunal
revólver de reglamento;

y después de ciertos giros
que toma la discusión
sin fiarse en más razón
empiezan ambos á tiros.

Entre el ruido que se mete
de gritos descomunales,
salen al aire puñales
y navajas de Albacete.

Acude la policía;
la Guardia civil al punto
interviene en el asunto
y entra la caballería.

Entre golpes y porrazos
dominando aquel ruido,

solo se oye el estampido
de dos ó tres cañonazos.

Y después de diez y nueve
que quedan *sobre el terreno*,
toda la Cámara en pleno
el acta declara *leve*.

Vuelve á tronar el cañón
de una manera horrorosa,
y ya, como si tal cosa,
se levantó la sesión.

* *

El lector habrá encontrado
exageración en eso;
está muy equivocado,
porque así será el Congreso
el día menos pensado.

FÉLIX LIMENDUX.

LA BANDERA DEL BATALLON

CUENTI-DRAMA SEMI-SERIO

Interlocutores: CATALINA, dama joven.—BELTRÁN, galán de carácter.
MUÑOZ, galán cómico.—GERTRUDIS, característica.

(La escena se desarrolla en un pueblo de Aragón, durante la primera guerra carlista. El teatro representa una sala amueblada modestamente. Al foro ventana que da sobre la plaza del pueblo. A la izquierda, la puerta de entrada. A la derecha, una cómoda con floreros. Adornan las paredes tres cuadros: una vista del Palacio Real de Madrid, la Virgen del Pilar, y un retrato ecuestre del que después fué conde de Montemolin. Es de día. Un gato negro duerme en un sofá colocado en sitio conveniente.)

Gert.—¡Cuando digo que tú no tienes entusiasmo por la causa del Pretendiente!

Cat.—Mire usted, tía; lo que yo quiero es que mi marido esté á mi lado, y no exponga su vida por un señor á quien no conoce.

Gert.—¡Tú eres hija de tu padre!

Cat.—Sí, señora; hija de legítimo matrimonio.

Gert.—Es que tu padre tenía barruntos de liberal.

Cat.—Mi padre quería mucho á mi madre, y no la hubiera aban-

donado nunca por nada ni por nadie. A no ser para defender su patria contra los franceses. Eso sí... Ya sabe usted que él...

Gert.—A honra tendría yo que mi marido se batiese por el verdadero rey y por la religión.

Cat.—¡Otra, pues!... Con un rey ó con otro, yo no he de dejar de ir á misa los domingos, ni de comulgar en las festividades de la Virgen.

Gert.—Si yo fuese hombre estaría al lado de tu marido.

Cat.—¡Andate! Y yo también; mas como soy mujer, viceversa. ¡Ojalá Parece que no se tirotea tanto. Dios me perdone, pero, vamos, al que inventó los tiros le restregaba yo las narices con abrojos.

Gert.—(Se asoma á la ventana). ¡Si yo viera entrar en el pueblo á D. Carlos!

Cat.—(Se asoma también.) ¡Pues si yo viera entrar á mi marido! Dos velas de cera pongo á la Virgen como Beltrán haya salido de ésta con vida.

Gert.—Al comienzo de la calle Real viene un paisano corriendo, con una bandera en la mano.

Cat.—(Le palpita fuertemente el corazón, se colorean sus mejillas y se le arrasan en lágrimas los ojos) ¡Es él! ¡Beltrán! ¡Mi marido! ¡Nos ha visto!... Saluda con la bandera... la Virgen me ha oído... ¡Bendita sea la madre de Dios!...

Gert.—¡Por fin zurrámos á los cristinos!

Cat.—O lo otro.

Gert.—No llores, muchacha; si le tienes ahí.

Cat.—Es que el corazón cariñoso despide con lágrimas al viajero y con lágrimas le recibe.

Gert.—¡Vaya una bandera bonita! (Saca medio cuerpo fuera de la ventana y grita con fuerza: ¡Viva D. Carlos!)—(Catalina se arroja delante del cuadro de la Virgen y reza en voz baja. Gertrudis se retira de la ventana. Momentos después sale Beltrán con una bandera en la diestra y el fusil en la otra mano: su mujer, al verle, da un grito de alegría y se levanta, arrojándose en sus brazos. Beltrán la estrecha con efusión, sin soltar ni el arma, ni la bandera; luego deja ambos objetos junto á la cómoda).

Belt.—Creí no volverte á ver.

Cat.—¡Cuánto he llorado, Beltrán de mi alma!

Gert.—¿Con que hemos vencido?

Belt.—Ellos á nosotros, como decía el del cuento. ¿No ve usted que vengo de escondite?

Cat.—¿Y esa bandera?

Belt.—Pus que la cogí, y santas pascuas. Pero expuse la pelleja. ¡Qué manera de llover balas!... Este cae, el otro también... En la guerra no hay caridad, ni religión, ni prógimo. Ello mismo lo dice, ¿qué es la guerra? Matarse unos á otros los hijos de Dios. Esto va mal, me dije, arrea; y protegido por un cercado, pude ganar la arboleda, colocándome fuera del alcance de las balas.

Gert.—(En la ventana.) ¿Y no sabemos por quién ha quedado la victoria?

Belt.—Si tiene usted comozón de saberlo, mande un propio que le traiga la noticia. (Abraza á su mujer.) Yo no puedo ir, que tengo las manos ocupadas.

Gert.—Beltran; esos que vienen por ahí, ¿son cristinos?

Belt.—(Mirando hacia donde dice Gertrudis).—No hay más que verles el morrión.

Cat.—Vienen en son de paz.

Belt.—Una cosa es verlos así, y otra tenerlos delante haciendo fuego. ¡Demontre! El batallón á quien yo quité la bandera tenía el mismo uniforme, pintiparado uno con otro. ¡No traen bandera! Tía Gertrudis, ¿se quiere usted apostar dos libras de tocino magro á que esta bandera es la de ese batallón?

Gert.—Pues hay que ocultarla, no sea que alguno les haya dado soplo.

Belt.—¡Bah! ¿Quién ha de saber que la tengo yo en mi casa?

Gert.—Vale por dos el prevenido. Dámela. Voy á esconderla en el desván.

Belt.—Tómela, pues. (Gertrudis coge la bandera y desaparece por la única puerta que da entrada á la habitación: Beltrán y Catalina permanecen asomados á la ventana.) No hay duda de que han vencido. ¡Ya ves! Se meten en el pueblo como gallo en su corral. ¡Otra te pegó! Ese capitán es aquél que estuvo alojado en tu casa antes de casarnos, y que te hacía cucamonas. ¡Qué contrario me fué siempre ese mozo! Si llega en aquel entonces á estar un día más en el pueblo, ¡no es paliza la que se gana! Se la teníamos urdida.

Cat.—¿Por qué se detendrá ese batallón delante de nuestra casa? ¿Cómo nos miran!

Belt.—¡Qué ojos me echa el oficialito de marras! Se separa de las

filas... habla con el comandante... se dirige hacia aquí... Ciertos son los... Catalina, me temo un atropello. (Se quitan de la ventana.) Tú le despreciaste por mí, y quizás quiera hoy tomar venganza. Mientras venga solo no le temo.

Cat.—Silencio: él llega. (Sale Muñoz. Es un apuesto militar; su mirada expresiva, su figura elegante, sus modales distinguidos. Catalina y Beltrán le contemplan asustados sin separarse uno de otro.)

Muñ.—(Bajo el dintel de la puerta.) Santos y buenos días.

Belt.—(Con entrecortado acento) ¿Qué... qué... qué quiere usted?

Muñ.—La honra de mi batallón, que escondida se halla en esta casa.

Cat.—(Respirando con desahogo. ¡Ah! ¿La bandera?)

Belt.—Aquí no tenemos bandera ninguna, no señor; viene usted equivocado.

Muñ.—Es inútil la negativa. Se sabe positivamente que usted oculta la bandera, y el batallón está dispuesto á recuperarla, aunque para ello tengamos que destruir el lugar.

Belt.—Soy aragonés, y no puedo ni mentir ni ceder. La bandera la tengo yo, pero no la entrego.

Muñ.—Para todo hay arreglo. Sin necesidad de entregarla puede usted dejársela quitar, y luego como si no hubiera pasado nada.

Cat.—(Bajo á su marido) Dásela.

Belt.—Nunca.

Muñ.—Piénselo usted bien.

Belt.—Está pensado. (Muñoz, afectando sangre fría, cierra la puerta, y arroja la llave por la ventana. Beltrán quiere estorbarle la acción, pero llega tarde.)

Muñ.—De aquí no he de salir sino muerto ó con la bandera. Mi palabra está empeñada. (Se sienta en el sofá, se quita el chaco, y se limpia luego el sudor de la frente; todo esto con la tranquilidad del que va á pedir un vaso de refresco en un aguadujo.) No aceptando usted la paz, forzoso será que se declare la guerra. Nos batiremos.

Belt.—¿Batirnos aquí encerrados? ¡Hombre de Dios, si no tenemos armas iguales!

Muñ.—Echamos suertes. Nos hacemos fuego una vez uno y otra vez otro. ¡Ah! Tenga usted entendido que si muero, el batallón se encargará de vengar mi muerte. (El gato se despierta, y después huele el chaco que Muñoz tiene colocado sobre el sofá.)

Cat.—(Poseída de horrible angustia, murmura al oído de Beltrán:) Dale la bandera.

Belt.—Antes me dejo hacer pedazos.

Muñ.—Tenemos que ajustar cuentas atrasadas. (Pasa repetidas veces la mano por el lomo del gato, que se restriega, haciendo rom rom, contra el uniforme de su nuevo amigo.) ¿Usted no se acuerda de mí?

Belt.—Ya me malicio por dónde va usted. Desde que le ví, no se me despintó su cara.

Muñ.—Yo amaba á Catalina con la dulce esperanza de verme correspondido, y con el honrado propósito de unirme á ella en matrimonio; pero los azares de la guerra me obligaron á abandonar este pueblo, y usted, aprovechándose de mi ausencia, consiguió hacerse dueño del cariño de la inocente joven, apoderándose de un tesoro sobre el cual yo tenía, si se me permite la frase, cierto derecho de prelación. (Beltrán y Catalina se dirigen una mirada llena de espanto.) Pero hay más; no contento con usurparme, ¡usurparme! no retiro la palabra, la mujer que había yo codiciado para esposa, para compañera de mi vida, para colocarla en el trono de mi corazón, hoy, entre el fragor del combate se presenta usted como enviado por Satán, arrebatándome el objeto que, después de Catalina, yo más idolatraba; la bandera del batallón.

Belt.—Mire usted, señor oficial, yo no entiendo de filosofías; la chica me dió su mano porque me quería, y la bandera... pues, nada... la cogí. Bien de balas me enviaron; pero la Pilarica me salvó.

Muñ.—Las cosas no pueden continuar de este modo. Una de dos: ó me entrega usted la bandera y se queda con Catalina, ó me entrega á Catalina y se queda con la bandera.

Belt.—(Mirando á su mujer.) ¡Este hombre está loco! (A Muñoz.) Tiene usted razón; los dos no cabemos en el mundo.

Muñ.—Sí cabemos, y sobra todavía. Lo malo es que usted no quiere aceptar la capitulación honrosa que le propongo. Vaya usted cargando el fusil mientras yo escribo nuestros nombres en dos pedazos de papel. Catalina sacará uno á la suerte; el que primero salga es el que primero tira. ¡Oh! Si muere usted me llevaré á su mujer, es decir, á su viuda, á la bandera, y hasta el gato que, por lo visto, ha simpatizado conmigo.

Cat.—(Con resolución espartana). Para matar á mi marilo será preciso que antes me mate usted á mí.

Muñ.—Aún es tiempo de capitular.

Belt.—No. Suceda lo que Dios quiera. (Oyese la marcha real, tocada por una banda militar.)

Muñ.—(Se levanta lleno de alegría, y, cambiando de tono, dice:) ¡Ya está la bandera en nuestro poder: esa es la señal que nos lo avisa! Amigo Beltrán, todo cuanto aquí ha pasado ha sido una broma inventada por mí para ganar tiempo, con el objeto de que los soldados registrasen la casa. Me he valido de este ardid para apoderarme de la bandera, evitando así el derramamiento de sangre y un día de luto para el pueblo.

Belt.—(Después de un momento de vacilación.) ¿Me jura usted que respecto á Catalina no abriga las intenciones que dijo?

Muñ.—Lo juro por la Pilarica: tengo amores en Tafalla.

Belt.—Ahí va mi mano; todo lo perdono. (Se estrechan las manos como dos buenos amigos, como dos hombres honrados.)

Gert.—(Dentro.) ¡Beltrán! ¡Beltrán! Esos picaros de cristinos se llevan la bandera.

Belt.—Conste que yo no la he entregado.

Muñ.—Constará en el acta.

Cat.—(En la ventana) ¡Eh! ¡Sargento!... ¿Quiere usted hacer el favor de subir esa llave?

Muñ. (dirigiéndose al público).—Si el valor y la inteligencia que unos y otros malgastamos en luchas fratricidas lo empleásemos en obras de utilidad, ¿no os parece que ganaría más el país? (Cae el telón y se acaba el cuenti-drama.)

CARLOS CAMBRONERO.

LA LOCURA DE ARTE

I

En 18... el capital de Sebastián Bartrini consistía en una hipoteca de casita de campo, varios pagarés incobrables y un centenar de monedas de plata.

Pobre, casi viejo, sin familia ó inútil para manejar el cincel á causa del continuo temblor de su cuerpo, Bartrini no había pensado ni pensaba nunca en lo porvenir, ni seguía los consejos con que sus verdaderos amigos procuraban que se ocupase en algo para cerrar el paso á la miseria.

—Buscad colocación,—le decía uno.

—Yo os recomendaré, y mucho será que no logre serviros—prometía otro.

—Así no podéis seguir, querido Sebastián—añadía un tercero.—Ved que la miseria corre hacia esta casa con la rapidez del ejército que huye á la desbandada. ¡Cuerpo de Dios! Dedicad á alguna cosa. Una academia, una administración particular, un cargo público.

Bartrini, al oír esas y otras no menos bien concertadas razones, contestaba en estos ó parecidos términos:

—Os molestáis inútilmente, amigos míos. Ni he nacido para empleado ni para maestro, ni mis esperanzas de curarme y volver á mi trabajo son tan débiles, que me fuercen á pensar en desdichas que no han llegado á mí, ni probablemente llegarán nunca. El artista de corazón, como yo lo soy, sueña para el arte, y casi casi para el arte piensa, desea, espera y se alucina. ¡Y me aconsejáis que sea empleado, administrador ó maestro de gente que acaso no conocería nunca la belleza!

II

La casita de Bartrini era de un solo piso. Hallábase en el centro de un gran jardín rectangular, en cuyas tapias la hiedra había agrietado el revestimiento y penetrado por las puntas.

En los días hermosos, Bartrini pasaba horas y horas en el jardín. La visita de la fuente, los pájaros, las flores, los árboles que unían sus copas por cima de la casita, y las plantas trepadoras, enroscadas, formando caprichosas curvas á los troncos y cenadores, era su principal distracción cuando le acaloraban las dificultades de sus proyectos artísticos ó las molestias de su dolencia.

Una mañana, sentado en un banco del jardín, intentaba perfilar una figura en su álbum. En vano procuraba sujetar sus dedos, en vano, apretando el libro con la muñeca y suavizando cuanto podía la rigidez de todos sus músculos, pretendía combinar los involuntarios movimientos de la mano con los que debía dar al lápiz.

—¡Viven los cielos!—exclamó al fin rompiéndole.—Ese vienteccillo, que apenas puede arremolinar las hojas secas, es más fuerte que mis dedos. ¿Tendrán razón mis amigos? ¿Me verá obligado á buscar empleo ó á pedir limosna?

Dicho esto, rasgó la hoja del incorrecto perfil, cerró el álbum ó iba á dirigirse á la casa, cuando el jardinero llegó á él y le dijo:

—Señor, junto al árbol seco que arranqué ayer, he encontrado una bóveda.

—¿Una bóveda? Acaso alguna piedra que por su posición y forma particular...

—No, señor; una bóveda. Las raíces del árbol seco habían intentado atravesar el cemento que la cubre. Si me permitís trabajar en ella

ó donde sea preciso, sabremos pronto qué oculta. Sin duda un tesoro. ¡Ya lo creo! El corazón me lo está diciendo á gritos.

—Haz cuanto quieras, pero no digas nada á nadie—contestó Bartrini riendo burlescamente.

III

Algunas horas después el jardinero introdujo, por ancha abertura practicada junto á la bóveda, una escala que acababa de hacer, ató á la escala una cuerda, y ésta al árbol más próximo, encendió su farol de gruesa mecha, y dijo á su amo:

—Cuando gustéis, señor. El aire del subterráneo es respirable, si no mintieran las pruebas que me mandásteis hacer.

—Bajemos—contestó Bartrini.

Cuando lo hubieron hecho, el escultor quedó mudo de sorpresa. Agitado, pálido, entreabierta la boca y levantadas las cejas, recorrió á grandes pasos la estancia, y mandó salir al criado.

Hallábase en una gran cámara poligonal enlosada de mármol blanco. Las paredes y la puerta, obstruida al exterior por escambros, estaban chapeadas de porcelana, y entre las chapas, cuyas juntas eran casi invisibles, lucían riquísimos esmaltes y pinturas alegóricas de Euterpe, Clío, Melpómene y las otras musas, rodeadas de guirnalda amorillos y cabecitas. En el revestimiento de la bóveda veíanse otras figuras de mayor tamaño y más vivos colores, y del celeste rosetón del centro, ornado de filetes y anchas hojas ornamentales, colgaba una varilla de plata que sostenía una lámpara de alabastro.

Gallardos arcos ojivos apoyábanse en las columnas de los ángulos. Los abacos y fustes de estas columnas eran cilíndricos, y ni en ellos ni en las bases del buen gusto y severidad de las áticas, había adorno de ninguna clase.

Sucedía lo contrario en los capiteles. Flores, capullos, bandas de botoncitos y florecillas, hojas cerradas, abiertas, encanutas y extendidas, ramitas enrolladas junto á los abacos, mariposas y otra porción de adornos no menos ricos y hermosísimos, constituían su ornamentación, cuyos follajes pertenecían á flora imaginaria.

Pero ni los capiteles, ni los esmaltes, ni las pinturas, admirables por la corrección de las líneas, la expresión y la delicadeza de los colores, podían competir en belleza con la columnita en tronco de cono que había en el centro de la cámara, y la figura que sostenía.

Entre nudosas ramas, arrolladas á las escócias del soporte y que fingían atravesar el plinto y los toros en diversos puntos, veíanse garras, pezuñas, miembros y cabezas de monstruos legendarios y no menos temibles que en otros tiempos las brujas, fantasmas y aparecidos.

En el capitel destacábanse partes de aguilillas, halcones y otras aves heráldicas, y del follaje, imaginario como el de las otras columnas, partían floridas ramas, de las cuales unas colgaban hasta la mitad del fuste, otras, enrolladas á él, se dividían en varias ramillas, y algunas terminaban en ramas de hojas casi redondas ó lanceoladas en medio relieve; Quizás hubiera parecido feo y excesivamente recargado de adornos el soporte á los que juzgan con notorio rigor el estilo de Churriguera.

La estatua representaba una mujer. La dulzura de la sonrisa, los brazos desnudos, torneados, extendidos, inimitables, la gallardía del cuerpo, la cabeza inclinada á la espalda, sobre la cual descansaban los desecados rizos, el manto sujeto al cuello por un broche de hojas y la ancha trenza de florecillas anudada á la garganta, eran verdaderos prodigios del cincel, elementos insustituibles de aquel conjunto, cuya hermosura debió satisfacer el amor propio del artista y robustecer sus facultades creadoras.

Bartrini creía estar soñando.

—¡Oh, me volverá loco!—dijo, clavando por vigésima vez los ojos en la estatua.—¿Quién la hizo, Dios santo? Ni firma, ni una letra, ni señal ninguna, ni semejanza siquiera con el estilo de algún escultor famoso... Pero, ¿qué es eso?

Acababa de ver en la peana, casi borrado y escrito precipitadamente con lápiz, un letrero que decía: «... d... iansos... nomini... ma... egl... denaro... i... p... sibile... mio basti... ento.»

—Peor que un jeroglífico—dijo Bartrini;—¿significan esas letras que, á pesar de tal ó cual número de hombres disponibles, no se pudieron llevar al barco del que las escribió el dinero y otras cosas? ¿Habrá un tesoro en este recinto, quizás último resto de maravilloso alcázar?

IV

La luna entraba en el subterráneo, y Bartrini, sentado en un banco, los codos en la rodilla y la barba entre las manos, no cesaba de mirar á la mujer de piedra. Amontonados junto al pedestal, había un largo y grueso alambre, una virola, un martillo y otras herramientas, y la luz del farol, colocado en un ángulo, reflejaba débilmente en las inmediatas chapas de las paredes, y apenas bastaba para recortar las sombras en la escultura y el soporte.

Bartrini estaba triste y pensativo. Había reconocido detenidamente el recinto, y averiguado que el busto de la estatua era hueco. A la tristeza acompañaba mal contenida cólera, producida por la lucha que sostenían en el artista el deseo de taladrar y reconocer la escultura, y la idea de profanación que el reconocimiento significaba. Lucha espantosa y mantenida en aquel hombre enfermo, débil, medio loco, y para quien el arte era la vida, la esperanza y la hermosura, le hería, le perturbaba, mostrándole por una parte la miseria y por otra la vergüenza; y el remordimiento de haber profanado, y tal vez roto, aquella inimitable obra.

Poco á poco fué aumentando el brillo de los ojos del escultor; su respiración se hizo entrecortada y fatigosa, y de sus labios, secos como los de un calenturiento, comenzaron á salir inteligibles palabras.

—¡No!—añadió al fin en alta voz y levantándose.—Antes morir que quitar un grano á esa estatua. Lo primero el arte, y el arte es esa mujer... esa... sólo esa... Sí, tú, tú—añadió dirigiéndose á la escultu-

ra:—tú, la más bella, la de más dulce sonrisa, la de más largos y abundosos cabellos. ¿Me oyes? ¿me comprendes? ¡Sí!... ¡sí!... me lo están diciendo tus ojos. ¡Ah, si pudieras amarme como te amo y ver mi corazón como estoy viendo y admirando la alteza de tu hermosura!... Tú, el arte... mi ilusión... mi vida... mi esperanza... déjame... sí... un beso... un sólo beso en esos labios!..

Al decir las últimas palabras, las fuerzas de Bartrini, aumentadas por la excitación nerviosa, habían llegado al grado máximo. Rápido como el rayo se abalanzó á la estatua con ánimo de estrecharla entre sus brazos, se empujó cuanto pudo, intentó subir á ella, y á sus poderosos esfuerzos, vinieron al suelo, y por opuestos lados, la escultura y la columnita.

Por el pecho de la estatua y por sus rotos hombros, comenzaron á salir entonces monedas de oro y ajorcas, brazaletes y gargantillas cuajadas de carbunclos, esmeraldas y otras piedras preciosas, y la pos-tiza cabeza, cuya unión con el cuello había estado oculta por la trenza de florecillas, quedó junto al capitel horriblemente desfigurada.

Un rayo de luna iluminó aquella faz de piedra. Bartrini la miró, se llevó las manos á la cabeza y retrocedió, tambaleándose como un ébrio. Su rostro se descompuso; sus cabellos se erizaron, y mientras nervioso temblor revolvió su cuerpo, algunas gotas de sudor frío bro-taron de su frente. Después abrió los brazos y cayó en tierra. Estaba muerto.

JOSÉ MARÍA ESTEBAN.

EGOS POLÍTICOS

Lióse la manta á la cabeza el Sr. Abarzuza en la sesión de ayer del Senado, y se declaró monárquico con todos los suyos, obedeciendo las órdenes del gran traidor á la causa del pueblo.

Que la monarquía les sea leve.

Que los pueblos aprendan.

Que tengan pronto y ejemplar castigo todas las apostasias poli-ticas.

Hoy se firmará el dictamen de la ponencia de la Junta Central del Censo encargada de estudiar los asuntos relativos á la imposición de multas á los Sres. Bosch y Pérez de Soto y á las falsificaciones en el Censo de Madrid.

La ponencia encargada de examinar las reclamaciones que se diri-jan á la Junta Central se reunirán hoy, por indicaciones del señor Cervera.

La mayor parte de los periódicos acusan de imprevisor al capitán general de Cuba con motivo de la aparición de partidas insurrectas en la isla.

Tal vez.

Pero si el Gobierno no hubiera reducido á la más mínima expre-sión el ejército de Cuba, fácilmente sería sofocada la insurrección naciente.

Ahora vendrán los apuros y los gastos.

Y menos mal si se hicieran estos de una vez.

El Sr. Bosch no vería con gusto que se interrumpiera para él la tradición de negar los suplicatorios de los jueces para procesar á los padres de la Patria.

Ahora lo que hace falta saber es si la mayoría opina como el severo y digno marqués de Novaliches.

Ayer tarde, á las cinco, se ha presentado al alcalde «La Unión Obrera», presidida por el compañero Adrados, para entregarle una instancia sobre tramitaciones á los señores arquitectos municipales.

CEROCLÍFICO



(LA SOLUCIÓN EN EL NÚMERO PRÓXIMO)

En ella se pide que dichos arquitectos no puedan durar en su puesto más de cuatro años, ocupando sus plazas por medio de oposi-ción rigurosa.

La exposición va firmada por cuarenta representantes de cons-trucciones y obreros de distintas artes agregados á «La Unión.»

¡Cómo se nota que el 1.º de Mayo se aproxima!

El Sr. Angulo ha resuelto admitir á los obreros que no tienen trabajo, concediendo para ello una licencia de un vertedero para utilizar los desmontes de la calle de Rosales.

CHARADA BECQUERIANA

Volverá *cuatro-dos* con tu vecina de tu balcón los tientos á colgar, y otra vez con el dedo en sus cristales jugando llamarán.

Pero aquella *una-dos* tan *dos-segunda* que me hacía de risa hasta llorar, aquella *una-segunda*, te repito, esa no volverá.

Volverá *prima-cuarta quinta* toda del paseo la nieta, de D. Blas. y una vez *ya* en tu casa, *quinta-tercia* otra ropa, dirá:

Pero aquella que *prima-tercia-cuatro* á cualquiera con solo su mirar, aquella que á la *tres-prima* se ha ido esa no volverá.

Volverán del amor dulces promesas á *una-quinta* momento por tí á dar, tu duro corazón cual *cuarta prima* tal vez despertará.

Quinta cuarta al olvido, no hagas caso, que tan rica tan dulce tan... ¡la mar! cual te doy yo la *todo*, vida mía, nadie te la dará.

A. AMBROA.

SOLUCIONES Á LOS DEL DOMINGO ANTERIOR

TRIANGULO DE PALABRAS

C O M A S
O L A S
M A R
A S
S

Á LA CHARADA—PE-LA-YO.

AL GEROGLÍFICO

Dios es grande y además uno solo.